

ESTE PERIODICO  
se publica  
LOS DOMINGOS.  
PRECIOS  
DE LA  
SUSCRIPCION:  
UN PESO AL MES EN LA HABANA  
y 30 rs. fts.  
POR TRIMESTRES ADELANTADOS  
EN EL INTERIOR  
FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION  
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE  
DIRIGIRAN  
TODAS LAS COMUNICACIONES  
y reclamaciones.  
EL NUMERO SUELTO SE VEND.  
EN LA ADMINISTRACION  
A DOS REALES FTS.

# EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTISTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

## ¿QUIENES SON ELLAS?

Holguin 9 de Julio de 1870.

Sr. MORO MUZA. Ya sabe Vd., pues nadie lo ignora, el trágico fin que han tenido los piratas desembarcados en La Herradura; pero quizá pueda yo dar los pormenores de esa historia, y á verlo voy, esperando parecerme á aquel fraile franciscano, á quien dijo un devoto:—Padre, yo creia que Vd., por la órden á que pertenece, no podia montar á caballo,—y él contestó:—Lo mismo creia yo ántes de hacer la prueba; pero me decidí á montar, y he visto que puedo.

Ante todo diré, Sr. Moro, que se conoce que Jayier Cisneros y los pilotos conductores del buque, lo que querian era despachar pronto y tomar el tole ántes con ántes, importándoles poco que todo se perdiere, incluso el honor, con tal de quedar ellos vivos para contarla. A este fin tuvieron un consejo á bordo, y allá vá copia del acta de la sesion que celebraron.

«A bordo del George B. Upton á cuarenta millas de la costa Norte de la Isla de Cuba y á las once de la mañana del dia doce de Junio de mil ochocientos setenta, reunidos en consejo consultivo los CC. Francisco Javier Cisneros, J. L. Doruin, R. Sommer, Coronel Mariano Loño, y los CC. José Leite Vidal é Isidro Portillo y Juncos, representantes de los expedicionarios, el ultimo actuando como Secretario, el C. Cisneros, presidente del Consejo, dijo: que habia creido conveniente la reunion para exponer algunas observaciones que le habian hecho los capitanes Doruin y Sommers acerca del lugar que se habia elegido para el desembarque y los inconvenientes que presentaba, y que, atendiendo á esas observaciones iba á exponer algunas ideas que creia dignas de que se tomásen en consideracion por el Consejo: que los capitanes le habian dicho, que estando soplando viento E. S. E. les era completamente imposible hacer el desembarque en el puerto de Banes, sin exponerse á perder el barco entre los arrecifes: que dada la hora y el lugar donde se encontraban, no podian hacer el desembarque sino en el tramo comprendido entre Punta Lucrecia y

Gibara: que dado el caso de no poder desembarcar esta noche, no tendrian carbon suficiente para estar retirandose y arribando á la costa de la Isla de la misma manera practicada hasta la fecha, por cuya razon seria preciso adquirir combustibles necesarios en Haití ó Jamaica, puntos á donde podria llegar el vapor, sin embargo de que, habiendo sido despachado en lastre, era de temerse que la existencia del cargamento determinara la perdida del barco con lo que contuviera, que era preciso ademas, no olvidar que desde el dia siete estábamos continuamente en las inmediaciones de la costa de Cuba, que era ya muy crecido el número de buques que habíamos encontrado en nuestro tránsito, que no tardaria el momento en que causando sospecha nuestra presencia se nos persiguiera de cerca en cuyo caso, atendida la poca velocidad de este barco, las probabilidades de buen éxito disminuirian probablemente; que respecto á sitio de desembarque, creia solamente rechazable aquellas en que se conociera la existencia de fuerzas españolas, y todas las demás en que no concurriera esa circunstancia igualmente aceptado, por carecer completamente de noticias de la situación de nuestro ejército; que Samá reunia en su concepto las condiciones apetecibles; que el capitán Doruin le aseguraba poder verificar en él el desembarque, prefiriendo la orilla de barlovento, por ser de arena: que no ha llegado á su noticia que en Samá haya existido nunca campamento de los españoles, que antes al contrario, segun debia recordar el coronel Loño, por aquellas inmediaciones se fabricaba sal para el ejército libertador, y por ultimo, que dadas las condiciones actuales, debia á todo trance verificar el desembarque, porque, de posponerlo, se aumentaban los peligros de perder barco y cargamento, mientras que el barco deberia considerarse salvado pocas horas despues de retirado de las costas de Cuba, y la misma suerte cabria al cargamento obrando con cautela, con tanta mayor razon, cuanto que en los Berros, distante cuatro y media leguas de Samá y en Bijarú, distante siete leguas, existian campamentos cubanos.—El C. Loño, participando de las mismas ideas, acojio el pensamiento, agregando que en el trayecto designado, Samá era el puerto mas retirado de Gibara, y por lo tanto, el que ofre-

cía ventajas sobre los otros. Puesto á votacion el asunto, resultó aprobado por unanimidad, mandándose extender acta por triplicado para constancia.»

Apresuróse, pues, el desembarco, con lo que Cisneros y sus marinos pudieron largarse, diciendo lo del cura de Gabia, y comenzaron Loño y sus subordinados á no ganar para sustos.

Sin mas que desembarcar Loño y sus veinte camaradas, ya creyeron haber ganado bastantes laureles para poder dormir sobre ellos, y efectivamente, se echaron á dormir sobre las hamacas, que son los laureles de los filibusteros, cuando se vieron sorprendidos por los valientes voluntarios que mandaba el bravo capitán del partido de Manabon (1). Oir la descarga y tomar el pendingue los que quedaron vivos, todo fué uno, yendo á ocultarse en los montes, sin armas ni efecto alguno que pudiera comprometerlos. Diez de ellos, con su jefe Loño, tomaron una dirección, y D. Manuel Mestre, D. Miguel Batista, D. José Meana y D. Adolfo Leita Vidal se fueron por diferentes rumbos, quedando en el sitio D. Francisco Puente, D. Carlos Rengifo, D. Andrés Viñals, D. Francisco Torres, D. Fernando Furton y D. José Joaquin Leita Vidal, digno tio de Adolfo, por ser este digno sobrino suyo.

He dicho que huyeron todos los vivos, y no es verdad, porque D. Eduardo La Calle, natural de Matanzas, no despertó hasta que estuvo en poder de los voluntarios, lo cual consistió en que el tal La Calle era sordo como una tía.

Tan pronto como el Sr. Brigadier D. Félix Ferrer tuvo noticia del suceso, tomó las medidas que le dictaron su reconocida inteligencia y su actividad probada, para que los pollos espantados, de 20 á 25 años todos, y

(1) Cuatro hombres acometieron á 21; mataron 5, apresaron á 1 y pusieron en fuga á los demás, quedando dueños del campo y de un rico cargamento. Ese capitán de partido y los hombres que le acompañaban, son acreedores á muy especial recompensa.—N. del M.

en su mayor parte hijos de familias bien acomodadas de Santiago de Cuba, no pudieran escaparse, y las disposiciones de dicho ilustre Brigadier, perfectamente secundadas por los buenos patriotas, dieron el resultado que debia esperarse.

Siete de dichos pollos fueron sorprendidos por la contraguerilla que mandaba el teniente D. Vicente Guillen, muriendo todos en la fuga que intentaron, y eran D. Nicolás Sanchez, D. Manuel Guin, D. Miguel Batisa, D. Jacinto Hevia, D. Arturo Estrada, D. Francisco Duany y D. Manuel Espin, todos pertenecientes al grupo de los que habian huido con Loño.

Sin embargo, Loño no estaba ya con ellos, lo cual, por aquello de «el que no está conmigo está contra mí» parece querer decir que Loño estaba contra ellos; pero no señor, ni con ellos ni contra ellos estaba Loño, quien, para dar una prueba patente de su amor á la libertad y á la independencia, procuró desde luego librarse de la compañía de sus camaradas de infortunio y hacerse de todo punto independiente, medio con que sin duda creyó más fácil burlar la vigilancia de los que le perseguían.

*Dis aliter visum*, como ha dicho el autor de la *Eneida*. Loño, al querer pasar la línea de nuestros destacamentos, dió de manos á boca con un caboy dos soldados del Batallon de Nápoles, que le exigieron el pase, por parecerles sospechoso. Entónces fué cuando Loño recordó aquello de

«Y si tales pensamientos  
Me acreditan de incivil?  
¡Qué diablo! Preso por mil,  
Preso por mil y quinientos!»

Es claro, su única esperanza de salvacion era obrar á la desesperada, y así, sorprendiendo al confiado cabio, le hirió en la cabeza; pero uno de los soldados castigó su audacia dándole muerte en el acto.

A todo esto, ¿quién era el muerto? Nadie lo sabia, si bien todos sospechaban que debia ser alguno de los piratas del *Upton*; pero en la cárcel habia dos prisioneros de la misma expedicion, que pudieron satisfacer á las Autoridades, no como aquel acompañante de un entierro, á quien preguntaron quién era el difunto y contestó: «el que va en el ataúd», sino diciendo que el cadáver que se les puso á la vista era el de su jefe Loño, de lo cual se tomó acta judicialmente, identificándose hasta el reloj y prendas de vestir del titulado Coronel de los desembarcados filibusteros.

Sucesivamente, y como para repetir lo del cuento: «Iban dos por un camino, y siendo el camino angosto, iba el uno tras del otro» fueron, uno tras otro, cayendo en el garlito, en diferentes puntos, D. Manuel Mestre (desertor oficial de nuestra Marina, á quien los libertadores habian hecho de un golpe Almirante) y D. José Antonio Collazo, ambos de Santiago de Cuba, D. Isidro Portillo, de Matanzas, D. Adolfo Leita Vidal, de Mayarí, D. José Meana, escribiente de la Mayoria de Marina y natural de Cuba, y D. Agustín Batista, hermano del anterior, los cuales, en union de La Calle, el de Matanzas, fueron juzgados, sentenciados y ejecutados con las debidas formalidades.

Todos confesaron su delito, concretándose en sus descargos á decir que habian sido seducidos y engañados en el Norte por varias personas, entre las cuales figuraban principalmente Adolfo Varona y Doña Emilia. ¡Doña Emilia! Caiga sobre ella y otras surrientas, que la ayudan á reclutar víctimas, la sangre de los muertos expedicionarios del *Upton*!

En honor de la verdad, cuatro de ellos

habian estado ya en la insurrección, logrando escapar á duras penas; pero ya se ve, Doña Emilia, y otras como ella, les dieron tales pruebas de hallarse ya la Isla dominada por sus correligionarios, que los incáutos, hasta temian llegar tarde á recojer el premio de sus servicios.

Tambien debo ser justo diciendo que todos murieron con serenidad; pero, ¿no es verdad que, al ver estas cosas, hay razon para preguntar *¿quién son ellas?* Si, Sr. Moro, y tambien la hay para responder:

Ellas, surrientas son  
Que no tienen corazon.  
S. P. MAHAMUD.

#### MODO DE ESPANTAR LAS RATAS.

(HISTORIA ANTIGUA.)

Tenia un forastero  
Poca moneda,  
Y al dueño de la fonda  
Pidió la cuenta.  
No por pagarla,  
Sino por ver iqué dianbre!  
Cuánto sumaba.  
El fondista, que nunca  
Fué desatento,  
Pronto gusto, con idem,  
Dió al pasajero,  
Pues en la fonda,  
Si anda listo el que paga,  
¿Qué hará el que cobra?  
Tomó la cuenta el otro,  
Con mucha calma;  
Miróla con cuidado,  
Volvió á mirarla,  
Y al fin vió que era....  
Totalmente imposible  
Saldar tal cuenta.  
El fondista, entre tanto,  
Se lamentaba  
De ver su rica fonda  
Llena de ratas;  
Pero tan fieras,  
Qué ni osaban los gatos  
Refiñir con ellas.  
Oyólo el pasajero,  
Y al punto dijo:  
«Será que aquí no estorban  
Tan fieros bichos;  
Porque está claro,  
Que V. mismo el remedio  
Tiene en su mano.

Una cuenta pasarles  
Puede como esta,  
Y usted verá, mi amigo,  
Qué paso llevan;  
Pues ni las ratas  
Querrán el hospedaje  
De vuestra casa.»

FERDUSI.

#### CARTA DEL MORO VARGAS AL "MORO MUZA"

(CONTINUA.)

—Piedra que rueda, no era moho, dijo sentenciosamente Tizón.

—Magnífico espectáculo, añadí yo, para un Cadí de mi tierra. Allí que se castiga severamente á una mujer por enseñar la punta de la nariz, no sé que providencia tomarian con estas despreocupadas.—No es sorprendente, con tales datos, el pronunciamiento abdominal que se observa en niñas que no representan mas de doce ó trece años.

—El sol va cayendo, y mientras las damas se acomodan, pasa rato, interrumpió el jefe. Veo que las otras columnas se disponen á emprender la marcha para sus destinos. ¡En marcha tambien nosotros!

La tarea de instalar á unas doscientas mujeres en carretas, en volantas, en caballos, en cuanto se encontraba á mano, fué realmente prolífica. Empezó el movimiento al anochecer, y

era de ver la paciencia con que Oficiales y soldados sufrian impertinencias. Una decia, lastimeramente, que era inhumanidad ponerse á caminar con luna. Otra se quejaba de que su caballo no tenia paso. Una tercera pedía que la columna volviera al campamento, donde habia dejado la cotorra. Solicitaban alto tres ó cuatro, para apartarse un poco á examinar la yerba. Si tropezaba un buey, gritaba una docena. Si se oia un tiro en el flanqueo, gritaban todas, y los chicos no necesitaban de estos motivos para gritar constantemente.

Aquello era una algarabía infernal.

Y á todo acudian aquellos pacientes soldados, subiendo á unas y bajando á otras; cargando á cuestas los chicos; repartiendo así agua y galleta como consuelos y chistes.

Las seis de la mañana serian cuando se tocó alto para descansar y preparar los ranchos. El lugar escogido era un ingenio incendiado y solitario, muestra patente del paso civilizador de los rebeldes; pero aun quebraban allí frutales y ganado, qué con el repuesto de las acémilas ofrecian la perspectiva de un buen almuerzo, precursor de mejor sueño.

Mientras lo preparaban, no el sueño, volvió á la serie de mis preguntas, que esta vez satisfacia un teniente, natural de Santiago de Cuba, guapo chico y mas que guapo, listo. Dos cruces rojas del mérito llevaba sobre el corazon, que decian bastante de sus condiciones militares.

—Creia yo, le dije, que todos los cubanos estaban en el campo insurrecto. Así lo he visto repetido en los periódicos, que pintan el levantamiento general de la isla contra los españoles.

—Ya supongo en qué clase de periódicos haya V. podido encontrar semejante noticia. No hay medio que no crean santo y bueno para sus fines, y este es uno de los que han puesto en juego desde un principio. La insurrección ha sido hecha por cubanos: en esto no queda duda, pero los mas y los mejores la han anatematizado, porque no podia ocultárseles que no es guerra de independencia la que se hace, sino guerra social y salvaje contra el cristianismo, la propiedad..... en una palabra, contra la civilización. Los cubanos que han dirigido el movimiento revolucionario, son hombres que gastaron el capital de sus abuelos, y que arruinados por los vicios, eran perseguidos judicialmente, por deudas, estafas, ó cosas peores. Tales son el bígamo Céspedes, Quesada y muchos otros que figuran como generales, ministros, o cuando menos, representantes.

A estos hombres se agregaron una falange de médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, caballeros de industria, algunos ociosos, corto número de ilusos paganos, dominicanos, venezolanos y mejicanos que querian hacer paréntesis al hambre; la juventud de las escuelas, que si es levantisca y entusiasta en todos los países del mundo, en este venia sufriendo una propaganda de muchos años, y aquí tiene V. la insurrección.

Por el tiempo del alzamiento no habia en Cuba soldados, ni las ocurrencias de España permitian considerar la importancia que pudiera tener. No la tendria, á no haber coincidido aquellos sucesos. Los campos estuvieron abandonados, algunos, como los de este Departamento, por mas de un año, y su gente sencilla é ignorante como ninguna, creyó como el evangelio cuanto le contaban, enseñándoseles escrito en letras de molde. Que los españoles eran antropófagos, ó poco menos; que habian sido arrojados de la isla, y que en lo sucesivo ella, ni pagaria contribuciones, ni haria otra cosa mas que lo que de su voluntad fuera.

Esta buena gente se acostumbró pronto á tomar el caballo y el buey que veia como propiedad comunal, si no era procedente de algun picaro patón, á casarse en la manigua, á saludarse mutuamente con el título de ciudadano y á llamar *Cuba libre* al agua con azúcar.

Esta es la insurrección, exactamente bosquejada. No busque V. en ella los cubanos de distincion, sea esta por nacimiento, capital ó inteligencia; si alguno hay, como excepcion, la generalidad, los mas y los mejores, como antes he dicho, están enfrente.

Por ello no transijimos con que se hayan apropiado el nombre de *Cubanos*, y para la necesaria distinción, será preciso que nos apellidemos en lo sucesivo hispano-cubanos, dejándoles en completa libertad de denominarse a su vez cubano-caribes, ó cualquiera otra cosa.

La distinción es tan necesaria, que ya, por la fama adquirida en Nueva-York, les han aplicado una, colocando en los hoteles rótulos que dicen:

«SE ADMITEN ESPAÑOLES DE ESPAÑA.

NO SE ADMITEN ESPAÑOLES DE CUBA.»

—Cómo! ¿A pesar de los consabidos periódicos?

—Probablemente, por los mismos periódicos. Mas no es solo en Nueva-York donde se publican: los hay en Mérida y en Veracruz, en Santo Domingo, en París, y en el mismo Madrid.

—Hombre, eso ya es mucho. ¿Cómo se consiente que en la misma capital de España se insulte á España?

—Psi.... Hay libertad de imprenta.

—Libertad para ajar la dignidad de un pueblo? No entiendo de esto: pero si las leyes fueran tales que impidieran al Gobierno obrar como lo haría el del emperador mi amo, no sé cómo el mismo pueblo lo consiente. Amplias son las libertades en esos Estados Unidos, tan cacareados, y mas de una vez se ha visto salir á la calle, por la ventana, el director, redactores, formas, cajas y hasta el regente de la imprenta de algún periódico. En Madrid mismo creo que ha sucedido una cosa parecida, no hace mucho tiempo.

—Así es, aunque por distinto motivo.

Interrumpió esta discusion el almuerzo, interrumpido también por el sargento Longinos, que, la mano en el sombrero, se acercó á Montaner participando se veía un grupo como de cien *mambises*.

—La de siempre, dijo aquel jefe: han oido familias, y tratarán de embromarnos aprovechando la magnitud de la impedimenta, para molestar la retaguardia. Observó un momento en pié los accidentes del terreno y la dirección del enemigo, y adoptando resolucion, siguió:

—Capitan Juarez, tome V. 25 hombres y vaya por dentro de la manigua á emboscarse en aquel recodo de la izquierda.—V., Tizon, con 40 caballos de la contraguerrilla, tome una media legua de río, y vaya á salir por detrás del cayo del monte, donde seguramente quieren apostarse. Los demás, que sigan almorzando.

Para confirmar esta última parte de la orden, volvió á su puesto, y continuó haciendo los honores á los platos con el apetito que dá una noche de marcha.

Sonó una descarga. Despues otra.

A la primera, saltaron como por máquina los soldados, alistando las armas y caballos y fijando la impaciente mirada en su jefe. Este, impasible, pidió el café, reprendiendo al asistente, que padecía distracciones, desde el momento en que marcharon las fuerzas.

Las mujeres se habían alborotado, y esta vez nadie se cuidaba de ellas; pero la expectativa no fué muy larga. Tizon y Juarez vinieron á ocupar su sitio, como si tal cosa.

—¿Qué hubo? preguntó Montaner.

—Cayeron nueve y los demás se dispersaron; pero ahí vienen dos sinsontes que nos dirán qué partida era esa y á dónde iba. No suelen ya encontrarse con tanta gente.

—¿Son así las batallas de esta guerra? interrogó al Comandante, mientras los otros daban ocupación á los dientes.

—Casi siempre. En un principio elegian los *mambises* magnificas posiciones, construian trincheras formidables, ó fortalezas formales, como la del Asiento, empleando en ello muchos días y muchos negros, para abandonar las obras en pocos minutos, por regla general, si bien hubo excepciones, como la de Palo Quemado el 1º de este año, en que nos costó mucha sangre tomar una. Despues han dejado este sistema y el de toda resistencia. Lo difícil ahora es darles visita, y mucho mas, alcance.

—Cobardes cubanos! murmuré entre dientes.

—Cobardes *mambises*, querrá V. decir. Los cubanos no son cobardes. Cubanos son, en mas

de la mitad, los que componen esta columna; cubanos en totalidad los regimientos de la Habana y de Guines, que tanto se han distinguido en la campaña; cubanos, los voluntarios de Holguín y de Colon y de tantas y tantas partes, regadas con su sangre generosa hasta alcanzar el renombre de que gozan; cubanos muchos jefes y oficiales del ejército en todas las armas. Los *mambises* son cobardes, porque no cabe el valor en malas causas, cuando la conciencia arguye contra el brazo. Son cobardes, porque jefes de las condiciones que ya V. conoce, no pueden inspirar confianza: gracias á que inspiren temor á los que mandan.

Nada me atreví á contestar: estaba perfectamente conforme con tales apreciaciones.

Desde allí nada ocurrió notable, hasta la llegada á Puerto-Príncipe, donde fué recibida la columna con música y vivas, acudiendo inmenso gentío, ya á buscar entre los presentados, parientes, amigos, ó noticias del campo, ya meramente por curiosear á las recienvenidas, que no estaban muy conformes con exhibirse en aquel pelaje, por mas que hubieran hecho coñatos de *toilette* en el camino.

He dicho, Muza, que no estoy para descripciones. Ví despacio la capital del Camagüey: dijeronme á que estado se había visto reducida cuando llegaron á bloquearla los insurrectos, y la diferencia que va de ayer á hoy, muy distinta de aquella que lo enseñaba á las flores. Todo esto debe importarte poco, y me importa á mí mucho dar fin á esta carta, que vá picando en historia. A no ser así, te diría algo de la cintura de fuertes, tan fuertes como bonitos, que el ingeniero cubano Portuondo dirigió y estableció para consuelo de laborantes y espanto de volanderos insurrectos. Bástete saber que la torre de la Merced, aquella que derribó Ignacio Agramonte con el disparo de un cañón de montaña, situado á nueve kilómetros de distancia, continúa asomando la cúspide por encima de las otras torres, y que tiene trazas de retar por muchos años á las turbonadas, algo mas temibles que los cañones de Ignacito.

Al grano.

Debes suponer que, no habiéndose logrado mi deseo de conocer personalmente al gran Céspedes, había de pretender ver siquiera al Caballero de Rodas, que si no tan grande, es, al fin, Gobernador de esta isla, y me es familiar de nombre desde la campaña de Marruecos.

Observé que no había guardia, ni mas de un ordenanza á la puerta de su casa, estando en el centro de la guerra. Supe que paseaba á pie por todas partes: que era accesible á las viejas y á los negros, dos plagas capaces de tentar la paciencia de Job, y todo ello me animó á presentarme, sirviéndome de introductor el mismo Montaner.

Me recibió afablemente, diciéndose enterado de una parte de mis aventuras, y aunque no tengau el interés de las del joven Anacarsis, le hice completa relación, que escuchó complacido.

—Desea Vd. todavía mas datos de los *mambises*? me dijo.

—Muchos he reunido, contesté, pero no son los suficientes.

—Pues voy á dar á Vd. cuantos pudiera aportar. Hace pocos días que han ocupado las tropas los archivos de la Cámara, de Agramonte, de Manuitt, de Bembeta, de Madrileños, con mas un número crecido de papeles de otras procedencias, que forman la historia completa de la rebelión, desde su enca.

—De modo que puedo ver á los *mambises* pintados por si mismos?

—En la habitación contigua puede Vd. ver su pintura y su proceso.

Pasé. Allí había un ayudante, con graciosos hoyuelos en la cara y trazas de escupir por el colmillo, pero fué conmigo extremadamente obsequioso y amable, habiendo oido la orden del General.

—Vaya, Sr. Moro, me dijo, llevándome á una mesa literalmente cubierta: aquí tiene Vd. donde divertirse.

Habia allí papeles de todas formas, tamaños, colores y figuras, y aun escritos en hojas de plátano ó yagua, indicando la escasez de recur-

sos de la república: colecciones de periódicos *mambises*; libros y cuadernos copiadores de órdenes y cartas; un mundo, en fin, de documentos, perfectamente ordenados por materias y fechas.

—Aquí tiene Vd. lo mas fresquito, prosiguió el Ayudante, señalando un legajo. Esta es la correspondencia cogida á los filibusteros del *Upton*; pero puede Vd. elegir cualquiera otro: no hay nada de desperdicio.

Arrellanado en un mecedor, tomé el paquete indicado, y tiré al azar de una carta que resultó ser de mujer.

«Me parece muy bien, decía, esa religión espiritualista que me esplicas. Me gusta, porque la describes tú; pero has de tener entendido que nací católica y católica he de morir. No cabe en mí alteración en esta materia.»

Alah bendiga á esta niña. Tuvo la desdicha de poner su amor en un..... en un renegado, este es el nombre apropiado del individuo que pretendía que apostatará la mujer de su elección! Digno viajero del *Upton*.

Otra carta. Despedida á los padres.

«Voy en una expedición arriesgada. No se sabe donde desembarcaremos, ni si habremos de rodar hasta que quiera el diablo. El diablo digo, porque ya sabeis que Dios es para mí cero á la izquierda.»

—Sabe V. que, para piratas, no se explican mal estos señores?

—Por qué?

—Porque veo que han suprimido á Dios.

—No han sido ellos los supresores, sino el Gobierno de *Cuba libre*. Aquí hallará V. mas de una prueba. En los primeros tiempos del levantamiento hubo una grave discusion sobre si había ó no de adoptarse la fórmula «Dios, Patria y Libertad» de otras repúblicas americanas; pero conviniendo en que estas andan algo atrasadas, se acordó poner P. y L. en los documentos oficiales, y como sin Dios no había para qué tener corte celestial, se acordó también que si una finca se llamaba Santa Tecla, se registrase como Tecla en lo sucesivo, y el individuo apellidado Santander, fuera conocido por Tander á secas.

Esta regla se ha seguido tan al pie de la letra, que un sub-prefecto Varela, fusilado en Puerto-Príncipe, dijo al capellan que procuraba exhortarle, «que le dejara tranquilo con su Dios, pues que ya era viejo para andar con mojigangas.» Goicuria arrojó el crucifijo que le presentaban. Agüero expuso que no creía mas que en la materia.

—No quiero mas *Upton*, señor Ayudante: me repugna lo que he visto.

—Pues aun hay cosas mejores y de distinta índole: pero es igual. Ese paquete contiguo contiene órdenes de Quesada, Jordan, Agramonte, &c.

—Veamos.

Orden. Que cuarenta libertos vayan á morir al ingenio A.

Otra. Se envien cincuenta libertos al ingenio B.

Otra. Treinta libertos al ingenio C.

El sub-prefecto del Zanjón consulta si se ha de dar algo de los frutos á los libertos, como trabajo del domingo.

Contestación. Los frutos y el trabajo pertenecen á la República.

Circular. Que se ha visto con sorpresa que los libertos y libertas forman campamento, y viven á sus anchas sembrando tabaco y vianas. Que se les persiga y se hagan caer sus cabezas para que no las levanten. (1)

—¡Canastos!

—¿Qué le pasa á V., Vargas?

—No habian dado los insurrectos libertad á los esclavos?

—Si; por eso verá V. que los llaman libertos.

(Continuár.)

(1) Nada de esto es invención. Los documentos de donde se ha extractado todo, existen en poder de nuestra primera Autoridad. Sépanlo así Mr. Sumner, y todos los filibusteros que han creido que la república cubana daría la libertad á los esclavos. N. del M. M.



—Oiga, Valedor, no sirva de esa manera á la causa en Veracruz ..... mire que le mortifico.



**EL CALDERO ELECTORAL** (episodio de Cuba libre.)

—Ciudadano, viene V. á comer ó á votar.....? Si lo primero es tarde, si lo segundo..... tambien.



—Señor, os gusta Montpensier? —Oh! no, prefiero cualquier otro. —Y Espartero? —Oh! no, primero Montpensier. —Y Carlos Séptimo? —Primero el duque de Aosta. —Y Don Fernando? —Primero Carlos Séptimo. —Y la república? —Primero Don Baldomero! —Y.... este otro? Primero? —Primero.... el Diluvio Universal!!

## UN CALDERO ELECTORAL.

Entre los documentos recientemente cogidos á los rebeldes, hay uno que puede servir de ejemplo para demostrar que tambien es susceptible de excepciones el popular adagio *¿Quién es ella?* Me refiero á aquel en que un tal Fernando Varona, Sub-prefecto de la república montaraz, dá cuenta de los esfuerzos extraordinarios que ha tenido que hacer para poner al servicio de la causa libertadora *el caldero* de un tal Antonio Serrano.

Sí, lectores, porque, tratándose de una caldero, el adagio estaría en su lugar; pero se trata de un caldero, que no es *Varona*, sino varon, y en tal caso, no debia preguntarse: *¿Quién es ella?* sino: *¿Quién es él?* (1).

Sea como fuere, lectores, desde que yo vi que habia un caldero en campaña, comprendí que el negocio tendría importancia cobriza, y es que al cabo de cerca de diez años que hace ya que viví en Jesus del Monte, no he podido borrar de mi memoria el caldero que dejaron en mi calle los que debian asfaltar un baño de mi casa; caldero que tenia la rara virtud de espantar á las caballerías, en términos de no poder nadie ir á verme á caballo, ó en carruaje, sin exponerse á morir estrellado; caldero que me hizo variar el nombre de dicha calle, á la cual titulé desde entonces *Calle del Caldero*, y caldero, en fin, que me obligó á cambiar de domicilio, no poco alarmado durante mi caminata;

Pues, con verdad lo asevero,  
Cuando á la Habana volví,  
Me pareció que el caldero  
Se venia tras de mi.

Desde entonces, ¡ay! los calderos son mi pesadilla; tanto que no puedo oír en la música una de esas pausas que denotan lo que se llama *un calderon*, ni leer las obras de Calderon de la Barca, sobre todo, desde que un escritor francés se permitió traducir el mencionado apellido, llamando al sublime autor de *La Vida es sueño*, *Mr. Chaudron*, sin recordar el terrible caldero de Jesus del Monte.

Y luego, huyan ustedes de los recuerdos fatídicos, si quieren verse perseguidos por ellos, pues parecen ejercer sobre las cosas morales el atractivo que para los golpes físicos tienen las dolencias locales del cuerpo humano. Un dia quiero improvisar, para olvidarme del caldero, y me acuerdo en seguida del calderero de Puerta Cerrada, famoso improvisador á quien dijo Felipe IV:

«Me han dicho que viertes perlas,  
y él contestó inmediatamente:

«Sí, señor; mas son de cobre,  
Y como las vierte un pobre,  
Nadie se baja á cogerlas.»

Apartando la imaginacion del calderero, la llevo á los galanteos del citado monarca, y me encuentro con la célebre actriz conocida por la *Culderona*, de quien nació el segundo de los Juanes de Austria, con lo que, á despecho mio, vuelvo á pensar en el caldero.

¿Quereis mas, lectores? El sábado ultimo me puse á leer el apreciable colega *Diario de la Marina*, cuyo artículo de fondo estaba consagrado á refutar las ridículas invenciones propaladas por los órganos del laborantismo, y dije para mí, corroborando la opinion de dicho estimable colega: «Esos hombres que mienten con tanta insolencia, se conoce que han llegado al extremo de la desesperacion,

Y á impulsos del hado fiero,  
Como no les va á quedar  
Esperanza, ni dinero,  
Están dispuestos á echar  
La soga tras el caldero.»

(1) Nuestro apreciable corresponsal de Holguin, como verán nuestros lectores, opina que hay casos en que se debe preguntar: *¿Quiénes son ellas?* N. del M. M.

¡Vive Dios! exclamé; ya pareció aquello, y despues de enterarme de otras materias, pasé á la lectura de los preciosos documentos que nuestros soldados han cogido á los mambises. A poco rato di con la comunicacion del Sub-prefecto de Cahobabo, en que se dice que el ciudadano A. C. Zaldívar, saudió una paliza republicana á su asistente el liberto Juan Agüero, por no haber este querido cargar con un barril de agua, siendo así que Agüero ya es cosa de agua, y parece que nadie mejor que un Agüero debe surtir de agua á los sedientos libertadores. Pues señor, dije, ya quebró la cuerda por lo mas delgado, aun entre los mas rabiosos demócratas; pero ¡qué diablo! con un caldero viejo se remienda otro nuevo..... y he aquí otra vez el recuerdo del caldero de Jesus del Monte viniendo á turbar mi regocijo.

Continué la lectura de los documentos citados, en los cuales hay cosas tan divertidas como aquella comunicacion del doctor Arteaga, Jefe de la Junta Superior de Sanidad, en que se dice: «En Cauna no obedecen las disposiciones de esta Jefatura; cada uno hace lo que quiere &c.» y mi sorpresa subió de punto al llegar al oficio del Sub-prefecto Fernando Varona, por lo que motivó ese fatal oficio que quiero reproducir con las observaciones caldereteras que me sugiere.

Dice así: «Sub-prefectura del Cuartón de Altamira—J. de la R..... Participo á V. que hace tiempo que habiendo sabido que en la Bigia (1), sitio de Juan Recio y correspondiente á este cuartón, habia un caldero grande, propio para hacer sal.....»

Lo de la sal me tranquilizó, porque el caldero de Jesus del Monte tambien era grande, aunque era propio para hacer asfalto y no sal; de modo que no debia este caldero ser el otro caldero. Sin embargo, por la mala voluntad para el trabajo que mostró aquel cuyo recuerdo me persigue, bien pudo pertenecer al partido reformista, y con el pretexto de preferir la sal al asfalto haberse ido á disfrutar las delicias de *Cubita libre*, á fin de no hacer asfalto ni sal, ni ninguna otra cosa. Veamos, continuando la copia del oficio.

«Le pregunté al C. Antonio Serrano, que es el que vive en esa como alojado, y me dijo era falso, que no habia tal caldero.»

¡Valiente tunante debe ser ese Antonio Serrano! dije yo, al ver cómo, negando, afirmaba la existencia del caldero. Esto es claro, pues, por aquello de que dos negaciones afirman, el decir que es falso que no existe una cosa, equivale á declarar que es cierto que la cosa existe; pero el Sub-prefecto Varona, que es de los que entienden al revés lo que se les dice, creyó que el C. Antonio Serrano negaba la existencia del caldero, segun se deduce de estas palabras de su mencionado oficio:

«Sin embargo, despues me dijeron que lo tenia escondido; volví á mandar por él el viernes para derretir la cera del Jovo y despues determiné pasarlo á esta Sub-prefectura para cocinar en él el sábado, dia de la votacion.»

Miren ustedes para qué queria el caldero el Sub-prefecto Varona, para cocinar el sábado, dia de la votacion! Bien que eso es natural, porque despues de hacer el rancho para los electores en el caldero, el Sub-prefecto haria servir al tal caldero de urna electoral para el depósito de las papeletas, confirmándose así el título que á dicho caldero he dado en el epígrafe de este artículo, y me sostengo mas en mi opinion al ver que las elecciones se hacian en sábado, dia en que las brujas

arman sus alborotos con chismes de cocina; si bien debo suponer que los libertadores cubanos quisieron celebrar su fiesta electoral en sábado, dia de Saturno, tal vez para honrar así al Dios que devoraba á sus hijos. Pero, señores; si el citado caldero es el de Jesus del Monte, y tan pronto se ocupa en hacer asfalto, como sal ó ranchos, en derretir cera y en ayudar á las elecciones, para cuantas cosas sirve ese maldito caldero? Prosigua el oficio:

«Hoy, dia de la fecha, ha venido el ciudadano Serrano con mucha autoridad á que le diera el caldero.»

Luego, ¡era verdad que el caldero existía! Pues no dijo el C. Antonio Serrano que era falso que no existiese? Pero ahora comprendo que el C. Antonio Serrano habló con impropiedad, para que le entendiese el Sub-prefecto Varona, cuyo oficio sigue diciendo:

«Porque en él cocinaba, y le manifesté, que por ahora y tal vez para luego lo necesitaba yo tambien (así se respeta la propiedad privada en la república manigüera!), que si queria yo le daria una olla de barro, (eso es, una olla de barro por un caldero de cobre!) Esto me recuerda la ganga de aquel que propuso á otro cambiar un botijo por un reloj de oro, fundándose en que, aunque el reloj tenia mas valor, no hacia el agua tan fresca como el botijo,) para que cocinara, y me dijo con mucha cachorrada (sorna, quiso decir este cachorro) que no queria la olla de barro; que lo que quería era el caldero; entonces le dije que el caldero no se lo daba porque no me daba la gana.....»

Razon de autoridad republicana, que no puede ser mas concluyente. Solo faltó el apéndice de la del cedazo: «Tia Fulana, dice mi madre que me preste V. un cedazo claro.» «Anda, hermoso, dí á tu madre que no me dás la gana, y que si lo quiere mas claro?» Atónito debió quedar el C. Antonio Serrano y mas cuando el Sub-prefecto añadió lo siguiente:

«Que el caldero, él, yo y todos los habitantes y efectos de la Isla, eran de la causa, (bonita causa la que así dispone de los hombres y de los calderos!) y que se retirase inmediatamente de mi presencia, antes que me obligara á tomar otro procedimiento. (Demonio! ¿querria el hombre romper la cabeza de Antonio Serrano en el caldero, ó el caldero en la cabeza de Antonio Serrano?) Entonces se retiró diciéndome que iba á quejarse de despojo.»

Y tenia razon, porque el caldero electoral era suyo. Al fin debió recobrar el Serrano su caldero, segun se desprende de esta P. D. del oficio, que prueba que los oficios de los Sub-prefectos tienen *Post data*.

«P. D. Se me olvidaba advertir á V. que por segunda vez mandé por el caldero y me mandó á decir Serrano que no me lo mandaba, entonces le mandé otra orden diciendo que sin excusa ni pretexto alguno lo remitiera, cuya orden puedo presentar á V.

Mandé, mandó, mandaba, volví á mandar, Todos mandan en esa república, que no tiene nada que ver sin duda con la humana sociedad, puesto que, segun Quevedo, solamente

«Los ricos y los que mueren  
Son los que en el mundo mandan.»

En cuanto á mí, no me ratifico en que el caldero que tanto ha dado que hacer á los mambises sea el de Jesus del Monte; pero ya que este me fastidia á mí tan en grande, celebro que otro turbe el reposo de mis enemigos, los cuales tienen pendiente sobre su cabeza una espada de Damocles, en forma de caldero, que puede aplastarlos de la noche á la mañana, y aun creo que ha debido caer

(1) «Bigia» por «Vigia.» Si los mambises sufren mas sorpresas que nuestros soldados, debe consistir en que estos vigilan con v, mientras aquellos bigilan con b.



Que me infundió mi maestro  
Contra todo lo español;  
Y así fué que, á pocos días,  
Petrona me abandonó,  
Marchándose la bribona  
Con un negro cimarrón.  
Pues como Céspedes piensa  
Convertirse en dictador,  
Digame si á Rosalía  
Se le ha curado la tos.  
¡Ah! ¡Quien hubiera creido  
Que Petrona, sin rubor,  
Me olvidase! Va descalza;  
Lleva un sucio camisón,  
Y en lugar de enaguas, níguas;  
De modo que, hasta el reloj  
Me quitó mi digno jefe,  
Don Aquilino Tuñón.  
Hoy el General Cavada  
Es el que lleva la voz,  
Y ya he podido vestirme,  
Con permiso del doctor.  
De manera, papaito,  
Que otro ingenio se quemó  
Ayer, pues el tal Cavada  
Siente falta de calor,  
Y pensando que en la guerra  
Todo ha de ser combustión,  
Usa la tea incendiaria  
Con desusado furor.  
Veo, así, que mamaíta  
Tuvo sobrada razon,  
Cuando dejar á la ingrata  
Petrona me aconsejó;  
Pues, como siempre resulta  
El contrario vencedor,  
En el ejército libre  
Reina la consternación.  
Pores, para Charito  
También memorias le doy  
Si esta llegare á sus manos,  
Cuál lo espera el portador;  
Pues como aquí, en la manigua,  
No hay cartero, ni buzon,  
Yo no llegué á confesarme,  
Por no encontrar confesor.  
Pero mi amigo Barries,  
Que siempre fué farolón,  
Por odio á los españoles  
Ha parado en saltador.  
¡El, que brillaba en el Louvre!  
¡Lo que va de ayer á hoy!  
Como que nadie obedece  
Aqui la Constitución.  
Y además, el Sub-Prefecto,  
Ante quien ya se casó  
Ginés, marido de Blasa,  
Con Chucha, mujer de Anton,  
Es mi mayor enemigo,  
Y así espero, por quien soy,  
Que pida Vd. el indulto  
De este pobre pecador.  
Yo sé que en los españoles  
Abunda la compasión,  
Aunque les he calumniado  
Cuando estaba en el error.  
Conque, pues nada me vale  
La presente profesión,  
Que no cobro corretaje,  
Siendo mambí corredor;  
Haga por mí lo que pueda,  
Y no se olvide, por Dios,  
De decir á mamaíta  
Que me ha quedado pelón.  
Así se lo recomienda,  
Llena el alma de temor,  
Este, que besa su mano,  
Su hijito,

JULIAN PEROL.

## MISCELANEA.

*Hole, hole, si me eligen.*—La guasa ha estado á la órden del dia en todos los círculos sociales durante la última semana, con motivo de la candidatura del príncipe..... ¿éomo se llama? Creo que me acercaré á la verdad nombrándole:

Leopoldo, Gil, Francisco, Juan, Antonio, Tomás, Martín, Ginés, Eugenio, Pablo, Segismundo, Julian, Modesto, Lucas, Severino, Prudencio, Estéban, Carlos, Ruperto, Ambrosio, Nicanor, Nemesio, Gustavo, Adolfo, Gumersindo, Ignacio, Pedro, Mariano, Veremundo, Higinio, Ramón, Manuel, Jacinto y Todos-Santos.

¡Y por qué esa guasa? ¡Por los nombres propios? No, puesto que sabemos que todos los Príncipes los llevan á centenares, sino por el apellido *Hohenzollern Sigmaringen*, que ningún español pronuncia con formalidad, y que se presta en nuestro idioma, ya que no á traducciones, á onomatopeyas capaces de imprimir el mas mortal ridículo en la cosa mas seria que pudiera ofrecerse. Uno decía: *Hole, hole, si me eligen*, otro..... pero han ocurrido equívocos que no pueden repetirse, pues traen á la memoria este final de un cuento bastante verde:

«Y, vátgate Barrabás,  
Yo tambien tengo vergüenza,  
Y no quiero decir mas.»

Y que la candidatura *Hole, hole, si me eligen* era cosa seria, dígalo la general alarma que ha producido en Europa.

Dichosamente se arregló todo, de la única manera satisfactoria que entraba en lo posible. Si, porque apoyando el gobierno español la tal candidatura, hubieran bastado las amenazas de una nación poderosa para que las Cortes votasen con el gobierno, y de consiguiente, para que el pueblo español sostuviese lo acordado, por aquello del personaje de Breton que recordamos en el número anterior, aunque al dia siguiente de acabar la guerra, nuestro pueblo, quedando con honor, hubiese despedido al Príncipe por quien había derramado su sangre. Solo ese príncipe podía impedir los males de la guerra, retirando su candidatura y así lo ha hecho. En nombre de la humanidad felicitamos, pues, por su noble comportamiento al príncipe Leopoldo, Estéban, Carlos, Antonio, Gustavo, Eduardo, Thossilá Hohenzollern Sigmaringen, hijo del Burgrave de Nuremberg, Conde de Sigmaringen y Veringen, señor de Halgerloch y Woehrstein, con otras cosas que nos recuerdan lo de la señora que aprendió la lengua de Racine: «Estos franceses, decía, tienen cosas tan raras, que escriben *couteau*, y pronuncian *cuté*, ¿No les sería mas fácil escribir y pronunciar *cuchillo*?»

Nuestro querido amigo, el Sr. Ferrer de Couto, ha publicado en los apreciables célebres *Diario de la Marina* y *Voz de Cuba* del viernes, un comunicado, cuya lectura recomendamos á todo buen español. Se trata de la vida ó muerte de *El Cronista*, único órgano de la prensa que defiende la honra y los intereses de España en Nueva York, donde nuestros enemigos mantienen varios periódicos consagrados á la tarea permanente de mentir, para dar á los mambises la importancia que no tienen, de calumniar á nuestros hombres de gobierno, á nuestros voluntarios, á todos los leales defensores de la integridad nacional, enalteciendo á criminales como los de Cayo Hueso y á piratas como los del *Upton*. ¡Y será posible que allí, donde tanto se escribe y conspira contra nosotros, no haya quien ponga las peras á cuarto á los calumniadores? ¡Oh! Conocemos el patriotismo de nuestro pueblo, y estamos seguros de que se protegerá, como es justo y conveniente, la publicación del *Cronista*.

A propósito de los mocitos vapuleados por *El Cronista*, parece que Quesada y su digno ayudante D. Pepito, se han ido á París á trabajar por cuenta propia. Eso les faltaba á los pobres parisienses; que después de la peste de viruelas que están sufriendo, les llegase la peste del laborantismo, llevada por un ladron desorejado.

Mas si el tal desorejado  
Por sacar algo se afana,

Pienso yo que va por lana  
Y ha de volver trasquilado.

Lo que podrá suceder es que sea portador de la viruela, cuando regrese á los Estados Unidos, cosa que no daria plato de gusto á Doña Emilia, aunque quizá con las viruelas lograse la bordadora de banderas inspirar alguna compasión;

Porque si esa impertérrita amazona  
Viera mal tan horrible en su persona,  
¡Jesus! ¡Ave María!  
¡Virgen de las Candelas!  
El mundo entero con razon diría:  
«Pobre señora! ¡A la vejez viruelas!!

«Un hijo ha tenido Irene,  
A Pepe le dijo Andrés.  
«Pues eso no va conmigo»  
Contestó al punto José.  
«Es que, se dice que es vuestro»  
Repuso al momento aquél.  
«Y bien, replicó, el buen Pepe,  
Eso no va con usted.»

Conque..... ya sabemos lo que valen las simpatías que los emigrados ganan en los Estados Unidos. Habíase anunciado una función á beneficio de ellos en la Academia musical de Brooklyn, ofreciéndose una rifa con premios, hasta de diez mil pesos, á los concurrentes. Pues bien; aun así no pasaron mucho de cien personas, segun el *Herald* y el *World*, las que fueron á la función de beneficio.

Y aun esas allí no fueron  
Por aliviar con pecunia  
La suerte de los cubanos,  
Sino..... por probar la suya.

Eso es muy comun en las sociedades democráticas. Cuando se trata de ostentar sentimientos filantrópicos, los oradores se inspiran y comunican su entusiasmo al auditorio en tales términos, que todo el mundo se enterece, llora y aplaude. Pero á la práctica. Si quieren ustedes ver disuelta una de esas reuniones como por encanto, no tienen mas que pedir en ellas la palabra y decir: «Señores, puesto que todos estamos de acuerdo en aliviar al que sufre, demos cada uno un par de pesos para llevar á cabo la idea.»

Sin mas que esto, verán ustedes reír á los que lloraban, y desfilar todos con tal prontitud, como si se les hubiese asegurado que en aquel punto había una mina próxima á hacer explosión.

Un zapatero se puso á cantar  
El rey le dijo á la reina:  
La reina le dijo al rey.....

Y no salió de estos dos versos en todo el dia. Los vecinos, algunos transeuntes y la misma mujer del zapatero, sintiendo ya vehementísimos deseos de saber en qué paraba el cantar, interrogaron seriamente al cantor, diciendo:

—Y bien: ¿Qué es lo que el rey y la reina se dijeron mutuamente?  
—¿Qué se yo? contestó el zapatero; yo vivo de mi trabajo, como ustedes ven, y ni quiero, ni me conviene mezclarme en los negocios de Estado.

SOLUCION DEL ACERTIJO INSERTO EN EL N° 40 DE EL MORO MUZA.

Difícil es, vive el cielo;  
Mas lo he podido acertar,  
Si señor, ¿Sabe V. cómo?  
Comiéndome un *calamar*.

M. S.

IMPRENTA «EL IRIS», OBISPO 20.